

# Balas y letras (narrativa de la revolución mexicana).

>Ignacio Trejo Fuentes\*

## I. NARRATIVA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Las noticias de historiadores, críticos literarios y de la prensa de esos días —la década final del siglo XIX y la primera del siglo XX— mostraban una extenuación por un tema en particular de la narrativa mexicana. En el primer periodo (y mucho antes), los lectores estaban hastiados del tema indigenista; porque, salvo excepciones como *La parcela*, de José López Portillo y Rojas, las novelas que abordaban el tema lo hacían como un guión preestablecido, un machote tenaz y soporífero: el hacendado abusaba de las mujeres de sus peones y a éstos los explotaba de manera inmisericorde, como bestias porque eso creían que eran. Las lágrimas corrían a raudales hasta que el público dijo “basta” (y acaso también algunos de los escritores). En el segundo periodo mencionado, quienes leían las copias de la literatura europea, al estilo de Federico Gamboa, cayeron asimismo en el hartazgo: ¿cómo era posible seguir tragando esas cursilerías?, ¿es que nuestros autores no tienen asuntos, imaginación?, ¿por qué tenían que copiar esquemas provenientes del extranjero? Claro está que hubo excepciones: Riva Palacio, Bárcena, Altamirano, Méndez de Cuenca, algo de Gamboa...

Esas fuentes agotadas sufrieron una sacudida benévola, fueron bendecidas con bocanadas de aire fresco con ese fenómeno que fue la Revolución mexicana: con ésta, nuestros escritores pudieron abreviar en fuentes temáticas inéditas, sorprendentes, y los literatos no tuvieron manera de impedir ser atrapados por ese influjo: ¡por fin había cosas nuevas e impostergables que contar!

Pero hay que advertir de la existencia de novelas que, de algún modo, prefiguraban lo que habría de ocurrir en los terrenos sociales y políticos, es decir libros que mostraban las condiciones para que aquel fenómeno estallara con toda su virulencia. Para no perder el rumbo desde el principio, baste decir que en *Tomóchic*, Heriberto Frías consigna la masacre que el Ejército federal aplicó a los habitantes de la población que da título a la obra, a consecuencia de desobedecer el orden. En ese poblado, la gente se dio a deificar a una mujer a quien emparentaban con los poderes divinos, la Santa de Cabora, lo cual, por supuesto, irritó a las autoridades, quienes en respuesta dispusieron dos misiones para ordenar el caos, mas como fueron infructuosas y la población se aferró a sus ideas “idólatras” el Ejército marchó por tercera vez y segó cualquier indicio de vida, para escarmiento. Pero en vez de someterse a la paz, el descon-

tento creció y cundió, es decir se generó el caldo de cultivo que luego se concretaría casi por todo el país (Marcelino Dávalos dio cuenta de las injusticias que los patrones henequeneros cometían en el sureste del país y que habrían de ser asimismo nutriente imparable del descontento). Frías fue oficial del ejército en la tercera y definitiva acción punitiva, y en su novela registra los acontecimientos tal como él los veía y vivió, sin ocultar su profundo sentimiento de culpa. Tomóchic (el pueblo) debe verse como la gota que habría de derramar el agua turbulenta del vaso.

Debo decir que al estallar la Revolución que expulsó del país a Porfirio Díaz, los escritores no se dieron de inmediato a la novelización de los sucesos: había cosas más urgentes en qué pensar, qué hacer. Si bien el estallido ocurrió en 1910 no fue sino hasta cinco años después cuando se publicó la primera novela auténticamente “de la Revolución”: *Los de abajo*, de Mariano Azuela. Al respecto, John S. Brushwood señala:

Nada tiene de sorprendente que se publicasen pocas novelas durante los años de turbulencia revolucionaria. La única novela publicada antes de 1918 fue *Los de abajo*, el mejor relato que se haya escrito de la Revolución popular. Sin embargo,

\* Periodista, escritor de cuentos, novela, crónica y ensayo. Estudió Periodismo y comunicación colectiva en la UNAM y la maestría en Letras en la Universidad de Nuevo México, Estados Unidos.

*Los de abajo* es un caso especial, porque Azuela la publicó en El Paso, Texas, a donde se habrá trasladado después de la retirada de las fuerzas de Pancho Villa y fue poco conocida en México hasta mediados de la década de 1920.

Mientras tanto, Carlos González Peña (*la fuga de la quimera*) y José López Portillo y Rojas (*Fuertes y débiles*) escribieron novelas sobre algunas fases de la Revolución, anteriores a la acción de *Los de abajo*. Ambas novelas, publicadas en 1919, probablemente fueron escritas antes, pero sus autores las guardaron hasta que una sociedad más serena hiciese posible su publicación.

Es posible que el crítico norteamericano tenga razón, aunque en las novelas de González Peña y López Portillo el movimiento revolucionario no es más que un telón de fondo: la conflagración está ahí, mas los protagonistas tienen conflictos personales, íntimos, ciertamente lejanos al conflicto popular. Hay razones para ello: ambos escritores habían vivido bajo el cobijo del Porfiriato, fueron figuras estelares de ese régimen, y el estallido social los afectó de muchas maneras, se sintieron como desprotegidos, de modo que no podían manifestarse abiertamente a favor de los nuevos vientos, de la tempestad que se cernía sobre el país y sobre ellos mismos. En ese sentido, Azuela fue el papá de los pollitos, y con libros como *Las moscas* y *Andrés Pérez, maderista*, se afianzó en tal liderazgo. la novela de Azuela mencionada al último refleja algo determinante: Francisco I. Madero no contó jamás con demasiadas simpatías, y su origen burgués y sus delirios espiritistas y su falta de precaución (no eliminó al ejército del dictador) lo llevaron a la debacle. Gran acierto del novelista visualizar la situación. Mas no cabe duda que su gran obra de la Revolución es *Los de abajo*. Como médico, Azuela estuvo involucrado en la Revolución, y con tal

cercanía, con tanta información, era imposible no registrar el marasmo. Demetrio Macías, tan ignorante el pobre, tan cándido y al mismo tiempo tan convencido de “la causa” y de su propio valor, se convierte en uno de los adalides populares en aquella lucha fratricida. En la novela hay mucho de autobiográfico, y por eso un gran aporte de autenticidad. Repitémoslo: don Mariano Azuela fue, al mismo tiempo, partícipe y amanuense de la etapa más radical de la Revolución, aunque si nos ponemos enérgicos en cuanto a la evaluación estética de su obra tendríamos que aceptar altibajos, cursilería y retórica. Las grandes obras sobre la Revolución, desde el punto de vista artístico y de fondo, estaban por escribirse. ¿Por qué? Porque era necesario el periodo de reflexión, no el sometimiento a los hechos inmediatos, cercanos, palpitanes.

Es imperativo señalar que la mayoría de las novelas y libros de cuentos de la Revolución fueron escritos por hombres y mujeres cuya cercanía con el fenómeno es incuestionable. Para no hacer un aluvión de referencias, recordemos a manera de ejemplo a Rafael F. Muñoz, quien luego de participar como soldado en aquella gesta, se decidió a testimoniar los avatares de la misma, y libros suyos como *Se llevaron el cañón para Bachimba* y *Vámonos con Pancho Villa* son de una autenticidad estremecedora: cuenta lo que vio, lo que padeció, y es por eso digno de total reconocimiento en la materia, así sea que no haya sido específicamente un escritor.

la literatura inicial de que hablamos tuvo un sello: ninguno de los ejemplos contempló el asunto en visión panorámica, sino parcial: cada autor hablaba, por su cuenta, de lo que veía, de lo que particularmente le atañía. Para muchos se trató de un tópico rural, en el que las urbes tenían que ser excepcionales: todo parecía estar tan distante y sin embargo tan amenazante. Un ejemplo:

*Cartucho*, de Nellie Campobello, enfoca el movimiento revolucionario desde la óptica de una niña, y por lo tanto adquiere relieves insospechados: nada que ver con las recreaciones o testimonios de los jefes políticos o los soldados.

Una vez serenados los ánimos, cuando vino alguna calma, se desató un torrente de obras literarias apabullante, aunque, de todos modos, imperó el testimonio sobre la elaboración artística. Se trató de rendir cuentas, casi a manera de informes o despachos de guerra, de los directamente involucrados. Habría de pasar un largo tiempo para que lo artístico se conjugara con lo testimonial. Qué mejor ejemplo que el de Martín Luis Guzmán. Como se sabe, don Martín Luis fue hombre cercano a Francisco Villa, y de eso da cuenta en *Memorias de Pancho Villa*, libro a la vez estruajante y aleccionador, porque revela los datos que la historia oficial se ha empeñado en mantener, si no ocultos, al margen.

Por ejemplo, en ese compendio que todos los mexicanos deberíamos conocer, se refieren las razones que llevaron a Doroteo Arango (después Pancho Villa) a meterse de lleno en la Revolución. Peón de hacienda como era, llegó una vez a su jacal y se encontró con que el patrón, el cacique, intentaba violar a la hermana del muchacho, y que éste actuó en consecuencia: se metió a defender a la hermana y atacó al agresor, con tan mala suerte que, en vez de matarlo, lo dejó malherido. Doroteo huyó, a sabiendas de lo que le esperaba. En efecto, el cacique ordenó que lo persiguieran hasta darle muerte. El joven se refugió en la aridez serrana, donde se dedicó al robo y al abigeato como modo de subsistencia; como perro herido, se encontró con cuadrillas de hombres que andaban a salto de mata, pero con una firme intención: derrocar a los caciques, a los explotadores, a los dueños ilegítimos de vidas y almas. “¿Como

6  
Cinzontle

mi patrón?”, preguntó Arango. “Como ése”, le respondieron. “Pues si es así, le entro a eso que ustedes llaman Revolución”, convino Doro-teo y se cambió el nombre por el de Pancho Villa. Y sí, se convirtió en una de las mayores figuras de la Revolución. Pero ojo: no tenía, en principio, una postura ideológica, sino una necesidad urgente e inaplazable lo que lo involucró en el movimiento: Arango/Villa no tenía cimientos teóricos, sino sed de venganza, y eso lo impulsó hasta que perdió la vida.

Como Villa, la mayoría de los revolucionarios no tenía la menor idea de lo que se trataba, aunque afrontaron con decisión lo que habría de venir. Sabían que algo andaba mal (ellos mismos eran ejemplo) y que habría que solucionarlo, de modo que fueron terreno fértil de otros convenientes, los que sí sabían qué querían: el cambio para su propio beneficio. Si a esa ignorancia agregamos la leva como factor de reclutamiento de la soldadesca de ambas partes, podemos entender la inconsciencia que preñó a la mayoría de los revolucionarios (Algo de eso fue tratado por Mariano Azuela en su novela *Las moscas*).

¿Y qué se escribía en el lapso que va del inicio de la Revolución al momento en que los escritores comienzan a asediarla en sus libros? Lo que más se cultivó fue la llamada “novela colonialista”, aquella en la que los autores hurgan en el pasado colonial de México y dan vida, a través de documentos, a lo que fue México mientras estuvo supeditado a España. Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, Artemio de Valle-Arizpe y Ermilo Abreu Gómez se dedicaron a transformar en ficción sucedidos mucho tiempo atrás, y tuvieron gran aceptación entre los lectores, quienes, como se dijo, estaban hartos de temas indígenas y/o “europeizantes”. Como señala Brushwood, vale preguntarse si esa tendencia, la colonialista, debe entenderse como un intento

por evadir la confusa realidad de su tiempo o como expresión de un nuevo interés nacionalista. Opino que operó en ambas direcciones.

Antes de que la Revolución se convirtiera en el mayor abrevadero de los novelistas mexicanos, se sintió el peso del grupo llamado Contemporáneos, que congregó, sobre todo, a poetas: Carlos Pellicer, Bernardo Ortiz de Montellano, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Enrique González Rojo, Gilberto Owen..., quienes tuvieron el propósito de renovar la cultura mexicana y llevarla a nuevos ámbitos.

Junto a la obra de los colonialistas y los Contemporáneos siguió escribiéndose novela, pero de escasos méritos artísticos y atractivo temático. Fue hasta 1928 y 1929 cuando aparecieron las novelas consideradas cumbre de la narrativa de la Revolución: *El águila y la serpiente* y *la sombra del caudillo*, ambas de Martín Luis Guzmán. Si Mariano Azuela y Rafael F. Muñoz actuaron directamente en el campo de batalla durante la gesta, Guzmán lo hizo desde el escritorio. Hombre cercano a Villa, vio de primera mano los tejemanejes de las altas esferas revolucionarias; no cargó el fusil, pero conoció las estrategias, los planes; y se encargó de recrear todo eso en sus dos novelas monumentales. El poder de este par de libros estriba, por un lado, en la autenticidad de sus registros, y por otro en la prosa fulgurante con que están escritos. En *El águila...* y en *La sombra...* Martín Luis Guzmán está detrás de todos los acontecimientos, como una suerte de *big brother* que todo lo observa y lo muestra, sin titubeos ni requiebros. Guzmán conocía a fondo lo que debía contar, y sus recursos artísticos hacen de sus obras singulares piezas arquitectónicas. Nos habla de los golpes bajos y de las traiciones y trampas que condujeron la cruenta guerra civil, de las veleidades de los generales y del desquiciamiento de

la mayoría de los inmiscuidos en sectores menos privilegiados (describe con maravillosa precisión las matanzas de Fierro, lugarteniente de Villa), etcétera. Creo que Martín Luis Guzmán fue el auténtico pionero de la novela moderna mexicana: abrió puertas, y dejó en claro que era posible contar *nuestras cosas* mediante procedimientos estéticos impecables; es, otra vez en mi opinión, el mejor novelista nacional hasta entonces, y aun leído en nuestros días, puede dar *las veinte y las malas* a los más pintados.

Y todo tiene explicaciones que no deben ni pueden soslayarse. A diferencia de Azuela, quien tuvo urgencia por relatar lo ocurrido en aquellos tiempos turbulentos y confusos, Martín Luis Guzmán tuvo tiempo para analizar los hechos, calibrarlos y tratar de ubicarlos en su justa dimensión; en su obra hay una reflexión sosegada, que le permite justipreciar el fenómeno revolucionario, si bien, como humano que es, no deja de inclinar la balanza hacia el perfil de su conveniencia política e ideológica: por ejemplo, casi santifica a Francisco Villa, a quienes otros historiadores y escritores califican de auténtico demonio. Para Guzmán, Villa fue un héroe sin menoscabos, un convencido de que la Patria es primero, en tanto otros lo consideran más bien producto de su circunstancia, carente de bases ideológicas sólidas. (En novelas y cuentos de otros autores, se dice que el Centauro del Norte aprendió a dormir con los ojos abiertos para ahuyentar a sus posibles enemigos; que asesinó de propia mano y sin miramientos a muchos que le estorbaban; que era despiadado, cruel, enfermizamente posesionado de su papel de todopoderoso.)

He obviado deliberadamente a varios escritores de la Revolución porque sus trabajos son demasiado elementales: remiten a hechos atestiguados con una evidente carencia de recursos; son “del montón”, y

ni en sueños puede imaginárselos comparados con Mariano Azuela, ni muchísimo menos con Martín Luis Guzmán. Gregorio López y Fuentes, José Mancisidor, Francisco L. Urquiza y José Rubén Romero pueden mencionarse entre esos escritores de bajo calibre.

Con la literatura de la Revolución ocurrió algo muy parecido a lo que había pasado con el indigenismo y lo europeizante: el hartazgo. El público de entonces empezó a saturarse de asonadas y batallas, de caballitos y generales, sobre todo al percatarse de que gran parte de esos libros no eran, en esencia, obras literarias, sino más bien simples alegatos en favor o en contra de tal caudillo, grupo o bandera: gato por libro.

Por eso era urgente dar un aldabazo al asunto, y en ese sentido debe mencionarse esa obra maestra que es *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez. No es exactamente una novela de la Revolución, pero ésta permanece en el aire, como telón de fondo de las múltiples y maravillosas historias y subhistorias que integran el libro. En ese pueblo de mujeres enlutadas donde suceden los acontecimientos hay, sí, quienes se van a la Revolución o quienes vienen de ella con noticias nefastas, mas lo valioso sucede *dentro* de los pobladores, lo mismo el párroco que sus feligreses, el presidente municipal y sus secuaces, etcétera. *Al filo del agua*, hay que subrayarlo, es una de las mayores novelas con que contamos: hizo ver a autores de generaciones posteriores la urgencia de bajarse del caballo para treparse al avión, es decir modernizarse. Y claro, aquéllos no desaprovecharon la enseñanza. Uno de ellos fue Carlos Fuentes, quien en *La región más transparente* (1958) revisa, entre otras cosas, algunas secuelas de la gesta revolucionaria, como el reacomodo de los estratos sociales, la aparición de los nuevos ricos, los herederos de las bondades de aquel fenómeno y el desplazamiento



Serie: Piñatera.

consecuente de otros. Mas es en *La muerte de Artemio Cruz* (1962) donde el autor pone el dedo en la llaga de las consecuencias de aquella guerra fratricida. El protagonista, en su lecho de muerte, hace una revisión de su vida, que críticos serios relacionan con la vida de México en los últimos años: arribismos, desconsuelo, rebatingas, en fin, la conciencia de que el país no ha cambiado sustancialmente, y si lo ha hecho ha sido para mal. Fuentes volvería en más de una ocasión a reflexionar sobre la Revolución, desde perspectivas cada vez diferentes: lo hace en *Terra Nostra*, *Gringo viejo*, *Agua quemada* y *Los años con Laura Díaz*. Y sin duda, el autor ha conseguido ubicarse como uno de los mayores y más atentos observadores de la vida nacional, no en balde ha titulado *Tiempo mexicano* a su obra general.

Me interesa apuntar que las nuevas "visitas" a la Revolución y sus consecuencias han sido las que mejor ubican aquel fenómeno; quiero decir que escritores muy posteriores a aquélla vuelven sus ojos al pasado y calibran, a su real saber y entender, qué fue lo que ocurrió, cómo, por qué. El mismo Fuentes vuelve a esa faceta en *Gringo viejo*, donde recrea la posible muerte del escri-

tor Ambrose Bierce a manos de las tropas villistas: el escritor quiso conocer de cerca a los Dorados y su líder y desapareció literalmente (el vínculo entre lo sucedido a Bierce en la realidad y lo propuesto por Fuentes parece muy sólido).

Ignacio Solares es uno de los escritores mexicanos contemporáneos que ha frecuentado la Revolución como eje temático central. En novelas como *La noche de Ángeles*, *El gran elector*, *Madero, el otro* y *Columbus* repasa, con los privilegios de la imaginación y los registros históricos, distintas facetas de los próceres (y sus opuestos) revolucionarios, como los fantasmas de Porfirio Díaz, las incomprendiones que padeció el general Felipe Ángeles, las tribulaciones esotéricas de Francisco I. Madero y los arrestos de Francisco Villa para invadir territorio estadounidense. Solares, experimentado y fino narrador, hace acopio de información en archivos, hemerotecas, bibliotecas y luego somete la documentación al proceso creativo, artístico, de modo que sus personajes y su circunstancia parecen auténticos, no esas acartonadas y monolíticas figuras y episodios que suele ofrecer la historia oficial. El autor se preocupa por meterse al alma, al corazón de



los protagonistas y como resultado nos topamos con una revisión estremecedora del movimiento que nos ha venido ocupando. Aprovecho haber anotado algo acerca de la *humanización* de los personajes revolucionarios –desde el general hasta el soldado, del ministro a Juan Pueblo– para acercarme a la médula de esta conferencia: la revisión de la novela *Los relámpagos de agosto*, de Jorge Ibarguengoitia. Decidí concentrarme en este libro y en este autor porque ofrecen una visión distinta, personalísima, de lo que fue o pudo haber sido la Revolución mexicana. Advierto que este apartado ha sido utilizado por mí en un libro que escribí sobre la obra del guanajuatense; lo aclaro para que nadie se llame a engaño.

## II. HUMANIZAR LA HISTORIA

El título de la primera novela de Jorge Ibarguengoitia, *Los relámpagos de agosto*, tiene un significado especial para la mayor parte de su obra. En el Bajío, de donde es originario el autor, ocurre un fenómeno climatológico extraño y peculiar: mientras que en todos los tiempos de lluvia los relámpagos y los truenos se hacen sentir y escuchar desde un punto cardinal determinado, en el mes de agosto pareciera que se manifestan desde otros ángulos. El fenómeno, ya natural para los habitantes de la región, ha generado un dicho asimismo generalizado en ese entorno, y que se aplica a los despistados, a quienes no tienen idea de lo que están haciendo: “Andan como los relámpagos de agosto: a lo pendejo”.

Ibarguengoitia, guanajuatense, del bajío, entiende a la perfección el sentido de ese consenso regional y lo aplica a los personajes de su novela y lo que representan; los revolucionarios, encamados aquí por José Guadalupe Arroyo y adláteres,

andan exactamente como los relámpagos de agosto: perdidos, despistados. Sin saber lo que hacen ni por qué lo hacen. Luego, la novela desde el título delinea el o los asuntos que al escritor le importa resaltar: la inconsciencia de los involucrados en la historia que narra, que, por cierto, habría de reiterarse en distintos libros: *Los pasos de López*, por ejemplo, la desmitificación. Conviene recordar, brevemente, el argumento de la obra.

El General de División José Guadalupe Arroyo escribe sus memorias para, como afirma en el prólogo, defenderse de los vilipendios de que ha sido objeto por parte de sus excorreligionarios. Trata de deshacer malentendidos, confundir a algunos calumniadores y poner los puntos sobre las íes sobre lo que piensan de mí los que hayan leído las *Memorias del Gordo Artajo*, las declaraciones que hizo al Heraldo de Nuevo León el malagradecido de Germán Trenza; y sobre todo, la Nefasta leyenda que acerca de la Revolución del 29 tejió, con lo que se dice ahora muy mala leche, el desgraciado de Vidal Sánchez.<sup>1</sup>

Arroyo confiesa que el único responsable del libro y el título (“que me parece verdaderamente soez”) es Jorge Ibarguengoitia: “un individuo que se dice escritor mexicano”. ¿Pero cuáles son esos malentendidos, esos vituperios de que ha sido víctima el General Arroyo? Dejémosle la palabra:

Baste apuntar que a los treinta y ocho años; precisamente cuando se apagó mi estrella, ostentando el grado de General Brigadier y el mando del 45 Regimiento de Caballería, disfrutaba yo de las delicias de la paz hogareña, acompañado de mi señora esposa [Matilde] y de la numerosa prole que entre los dos hemos procreado, cuando recibí una carta que guardo hasta la

fecha y que decía así... “Conviene advertir que todo esto sucedió en el año de 28 y en una ciudad que, para no entrar en averiguatas, llamare Vieyra, capital del Estado del mismo nombre, (Vieyra, Viej). La carta, digo, decía así:

“Querido Lupe: Como te habrás enterado por los periódicos, gané las elecciones por una mayoría aplastante. Creo que esto es uno de los grandes triunfos de la Revolución. Como quien dice, estoy otra vez en el candelero. Vente a México lo más pronto que puedas para que platiquemos. Quiero que te encargues de mi Secretaría Particular. Marcos González, General de Div.”

La noticia, por supuesto, lo llena de alegría; será rescatado de la inacción a que lo condujeron los fracasos que como militar revolucionario padeció: al finalizar el periodo más cruento de la lucha armada, Arroyo quedó al lado de los perdedores, y con ello marginado de las posiciones de poder. Marcos González, ahora en la antesala de la gloria política, quien fuera su amigo, se acuerda de él y lo invita a ocupar un cargo en verdad importante. Por supuesto, Arroyo festeja y se dirige en tren a la ciudad de México. Pero en la capital se encuentra con una noticia conmocionante: el presidente electo ha muerto, lo que convulsiona al país, a los altos mandos de la clase política y militar y, sobre todo, al propio General; sus sueños de grandeza parecen esfumarse tal como nacieron: de un solo golpe.

En el velorio del finado candidato electo, Arroyo se encuentra militares conocidos, con los cuales tuvo vínculos de distinta naturaleza, aunque la mayoría marcados por las traiciones e infidelidades, por los golpes bajos para conseguir ubicarse unos por encima de otros: él, ya se dijo, fue relegado por sus antiguos camaradas. Los generales

<sup>1</sup> *Los relámpagos de agosto*, 5ª. reimpresión, Joaquín Mortiz, México, 1994, p. 9.

***Villa no tenía idea clara de lo que era la Revolución y llegó a ella arrastrado por circunstancias personales que poco, o nada, tenían de convicción social o política, acaso ésta vino después.***

determinan que la ocasión es apropiada para unirse en una causa común: apoderarse del poder, del gobierno, del país, ahora que el clima de incertidumbre propiciado del presunto presidente es un espléndido campo de acción.

Y en efecto, Artajo, Trenza, Canalejo, Valdivia, Ramírez, Rodríguez, otros militares, se disponen a urdir los planes para lograr sus propósitos. Se trata de presionar al poder legislativo, e incluso al propio Presidente, para que uno de ellos sustituya en el poder al occiso y con ese fin ponen a funcionar todas sus piezas, todas sus relaciones, todas sus intrigas. Sin embargo, otros grupos les comen el mandato, se hacen de la nominación presidencial y en consecuencia, relegan a quienes no son parte de su grupo, entre ellos, Arroyo y sus compinches.

De esta manera se sucede una serie interrumpida de zancadillas, de estrategias tendientes a contrarrestar el nuevo orden de cosas; se llega a las peores bajezas políticas, incluso al asesinato. Cuando el nuevo Presidente entra en funciones, hace que los generales del bando de Arroyo ocupen puestos miserables, que actúen en lugares remotos y con un poder mínimo, casi

nulo. No obstante, los generales desplazados persisten en su intención de hacerse del poder y fraguan acciones militares y estrategias retorcidas para lograrlo. Se reinicia así la confrontación de grupúsculos que, al parecer, había sido eliminada durante la primera fase de la Revolución. Hay trampas, más traiciones, más infidelidades, más golpes bajos, delaciones, crímenes, todo cuanto se preste al triunfo de unos sobre el resto.

José Guadalupe Arroyo, en sus memorias, detalla todos los movimientos en que él y sus cofrades, y los de bandos opuestos, se vieron involucrados hasta que su lucha fracasa y es obligado, como muchos, a abandonar el país. Cito un pasaje del libro para dar idea de las circunstancias en que se desarrolló la revuelta:

Lo que nos contó Juan Valdivia es posiblemente uno de los episodios más vergonzosos en la historia del Ejército mexicano.

Esto es que, en los días que transcurrieron después de nuestra partida de Cuévano, Valdivia dedicó su tiempo a fortificar los alrededores de la población, como habíamos quedado. Las noticias que se recibían de los dos cuerpos expedicionarios eran inconclusas, porque ni Augusto Corona, el Camaleón, encontraba a Artajo ni nosotros tomábamos Pacotas, y, en cambio, se sabía a ciencia cierta que la columna de Macedonio Gálvez había salido ya de Irapuato para atacar a las fuerzas reivindicadoras.

Todo esto, decía Juan Valdivia, había contribuido a producir una situación tensa entre la tropa: empezaron las deserciones. Ahora bien, según mi experiencia, las deserciones nunca empiezan porque las noticias sean inconclusas y el peligro inminente si estas circunstancias no van acompañadas del convencimiento intuitivo o demostrado

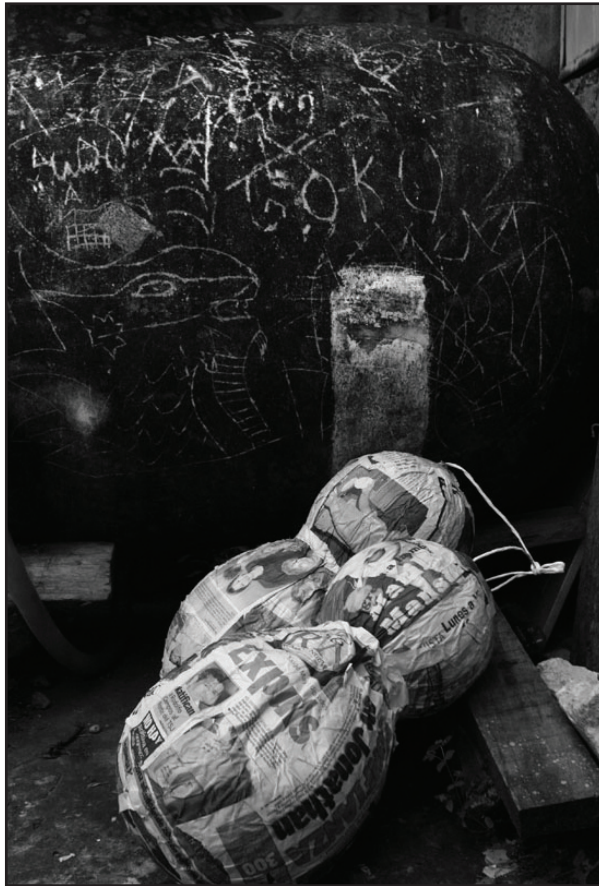
de que el ejército en cuestión está en manos de un incompetente. El hecho de que Juan Valdivia era un incompetente, está más que demostrado y lo extraño no es que la tropa haya descubierto su incompetencia durante esos días, sino que nosotros no la hubiéramos descubierto cuando lo nombráramos Comandante en Jefe del Ejército de Oriente (pp. 106- 107).

Al descubrir la traición de Valdivia –atacó a sus compañeros–, determinan hacerse justicia: “Inmediatamente le formamos cuadro. Yo me encargué de arrancarle las insignias y Benítez dirigió el pelotón de ejecución. Para las cuatro de la tarde ya estaba enterrado el buen amigo Canalejo, Ave Negra del Ejército Mexicano” (p. 119). Como se dijo, la empresa de Arroyo y sus secuaces fracasó en forma escandalosa y, como resultado, aquél fue hecho prisionero por las fuerzas del gobierno y sentenciado al paredón: –¿Sabes que tengo órdenes de pasarte por las armas?, –me preguntó Macedonio Gálvez. Se sentía muy triunfador. A mí ya nada me importaba–. Nomás que no lo voy a hacer. Porque cuando estaba yo tan... –aquí dijo una palabra que no puedo repetir–, tú me invitaste comer y me regalaste tu pistola de cachá de nácar para que yo empeñara. –Esto último, huelga decir, es una gran mentira. Él se robó mi pistola de cachá de nácar y yo hice lo posible para que lo capturaran y lo pasaran por las armas. Así que le agradezco mucho a Macedonio Gálvez que no me haya fusilado esa noche como era su deber: pero yo no le regalé mi pistola, él se la robó (p. 127).<sup>2</sup> Dice Arroyo en el epílogo:

El cadáver que salió retratado al día siguiente en los periódicos era el de un carnicero que dicen que se parecía mucho a mí. Yo me reuní con Matilde y los niños en San

<sup>2</sup> Véase el capítulo I de *Los relámpagos de agosto*.

10  
Cinzontle



Serie La piñatera

Antonio, Tejas, y allí pasé los ocho años más aburridos de mi existencia. Cuando deportaron a Vidal Sánchez y Pérez H., los supervivientes de la Revolución del 29, es decir, Trenza, el Camaleón y yo, regresamos a México como héroes. Trenza se dedicó a la agricultura, el Camaleón a la política y yo a mi familia y al comercio. No nos ha ido tan mal (p. 129).

Y antes, uno de los traidores a la causa revolucionaria de Arroyo y sus cómplices, había sido compensado:

Es cierto que Vardomiano, cuando supo que se les venía encima Macedonio Gálvez y vio que nosotros no teníamos para cuando,

decidió pasarse del lado de los federales. Pero nunca se sabrá qué tan perdida estaba la cosa, porque nadie intentó componerla. Los que dispararon esa descarga, ganaron la batalla más barata de la historia y nosotros perdimos seis mil hombres en una noche, la rica y populosa ciudad de Cuévano, y la de Apapátaro, porque Cenón Hurtado hizo al día siguiente una proclama diciendo que él estaba con Pérez H. y “los poderes legítimos” y en premio le dieron un rancho de catorce mil hectáreas por el Salto de la Tuxpana (p. 109).

Los libros de historia de México que nos han hecho leer en la primaria o en la secundaria hacen de la Revolución mexicana una gesta

épica, heroica, en la que millones de mexicanos, cansados de las arbitrariedades e injusticias propiciadas por el régimen dictatorial de Porfirio Díaz, deciden levantarse en armas para deponer al tirano. Los textos afirman que los caudillos –Madero, Huerta, Obregón, Calles, Villa, Zapata, etcétera–, si bien debieron enfrentarse entre sí a causa de desavenencias políticas o de conceptos militares contrapuestos, tenían una causa común: la integridad de la nación, la garantía de justicia y seguridad social para todos los mexicanos. ¿Pero por qué tan exacta es esa concepción? ¿No será tan sólo una visión romántica de los acontecimientos? Como quiera que sea, es evidente que los escolares solemos creer a pie juntillas todas las informaciones emanadas de los libros de texto; sin embargo, cuando uno aprende a leer de otro modo, cuando empieza a aplicar una lectura menos conformista, o si se quiere, más crítica y consciente, descubre que las cosas no tuvieron que ser tan románticas y épicas y heroicas: el león no es como lo pintan.

Por ejemplo, cuando uno, de niño, conoce la imagen de Pancho Villa, no tiene más remedio que aceptar sus dimensiones de héroe, de revolucionario auténtico que se partía el alma por el bienestar de sus connacionales. Mas al leer, después, otro tipo de materiales, la idea inicial flaquea y llega a metamorfosearse en su opuesto. Villa fue, en efecto, un revolucionario, pero habría que averiguar las razones que lo llevaron a involucrarse en la lucha armada.

En su libro *Memorias de Pancho Villa*, Martín Luis Guzmán, secretario y una suerte de asesor del *Caudillo del Norte*, informa que Doroteo Arango, que era peón en una hacienda de Chihuahua, debió ajustar cuentas con su patrón, quien había abusado de la hermana de aquél: en respuesta, el hacendado hizo perseguir a Arango, orillándolo a refu-

giarse en las montañas, o en donde sus perseguidores no pudieran dar con él para matarlo. Esa obligada errancia hizo que Doroteo se aliara con bandoleros, que recurriera al asalto para sobrevivir, y por eso se volvió cuatrero. Sólo cuando ocasionalmente se cruzó con bandos involucrados ya en la guerra, Porfirio Díaz y el forajido, pudo hacerse de cierta idea del estado de cosas, entendió que los rebeldes lo eran por causas similares a las que tuvo él para enfrentarse a su patrón, advirtió que era como miles en México y, sobre todo, se percató de la necesidad de enfrentarlos y que había miles de hombres dispuestos a hacerlo. Y determinó unirse a los grupos rebeldes.

¿Fueron razones ideológicas las que orillaron a Villa a meterse en la gesta revolucionaria o fue sólo un hecho casual, aunque terrible, el que lo convenció? Martín Luis Guzmán, quien sabe de lo que habla, no deja lugar a dudas: Villa no tenía idea clara de lo que era la Revolución y llegó a ella arrastrado por circunstancias personales que poco, o nada, tenían de convicción social o política, acaso ésta vino después.

Y como el caso de Pancho Villa, la literatura especializada registra millares. Hay que recordar en qué consistió “la leva”: se trataba de incorporar, a la fuerza, a campesinos y desarraigados; al ejército federal para pelear contra otros desarraigados del mismo pueblo, de iguales condiciones. ¿Tenían ellos política? Por supuesto que no: eran arrastrados por una ola incontenible, por la fuerza. Y la leva se dio en ambos bandos no sólo en el federal: centenares de hombres fueron enrolados a la fuerza o con engaños y promesas, en la causa rebelde, de modo que grandes contingentes de revolucionarios, rebeldes o del gobierno, andaban en la revuelta sin sa-

ber exactamente por qué peleaban, a quiénes debían fidelidad, cuál era su causa, y por eso eran frecuentes las deserciones o, de plano, el cambio al lado opuesto. Eran, como habría de decir mucho tiempo después Jorge Ibarguengoitia, como Los relámpagos de agosto.

¿Y qué revolución, qué lucha, qué movimiento social puede prosperar en esas condiciones de inconsciencia?

La propuesta de Ibarguengoitia en *Los relámpagos de agosto* va en ese sentido: la Revolución mexicana es, ante todo, un mito, una idea sacralizada que no corresponde a lo que fue en realidad. En un apunte final a su novela (“Para los ignorantes en materia de historia de México”), señala Ibarguengoitia:

[El] ejército revolucionario estaba al mando de Obregón, que era agricultor; de Pancho Villa, que era cuatrero; de Emiliano Zapata, que era peón de campo; de Venustiano Carranza, que era político, y no sé lo que haya sido en su vida real don Pablo González, pero tenía la pinta de un notario público en ejercicio. Estos fueron, como quien dice, los padres de una nueva casta militar cuya principal preocupación, entre 1915 y 1930, fue la de auto aniquilarse. Obregón derrotó en Celaya a Pancho Villa, que todavía creía en las cargas de caballería; don Pablo González mandó asesinar a Emiliano Zapata; Venustiano Carranza murió acribillado en una choza, cuando iba en plena huida; nunca se ha sabido si por órdenes o con el beneplácito de Obregón, que, a su vez, murió de los siete tiros que le disparó un joven católico profesor de dibujo. Pancho Villa murió en una celada que le tendió un señor con el que tenía cuentas pendientes. En los intestinos del general Benjamin Hill, que era Secretario de Guerra y Marina, se

encontraron rastros de arsénico; el cadáver de Lucio Blanco fue encontrado flotando en el Río Bravo; el general Diéguez murió por equivocación en una batalla en la que no tenía nada que ver; el general Serrano fue fusilado con su séquito en el camino de Cuernavaca, y el general Arnulfo R. Gómez fue fusilado, con el suyo, en el estado de Veracruz; Fortunato Maycotte, que, según el corrido, divisó desde una torre a las tropas de Pancho Villa, al lado de Obregón, fue fusilado en Pochutla, por las tropas del mismo Obregón; el general Murguía cruzó la frontera con una tropa y se internó mil kilómetros en el país sin que nadie lo viera, cuando lo vieron lo fusilaron, etc., etc., etc. (pp. 131-132).

Y en una carta a Antonio Alatorre, dice Ibarguengoitia:

Nuestra historia es oscura, sangrienta y en general masoquista. Nuestros héroes predilectos son los que perdieron las guerras y murieron por órdenes del vencedor taimado —como tú dirías, “punto bueno al que le quemen las patas”—. El héroe mexicano de segunda muere a destiempo en su oficina, el de tercera vence, el triunfo se le sube a la cabeza, comete una serie de errores, se desprestigia y es fusilado. Los grandes villanos mueren en su cama: Cortes, Porfirio Díaz y Huerta. Si Maximiliano hubiera logrado escapar sería aborrecido. Murió fusilado y dando propinas, por eso en los corazones de ciertos mexicanos arde una llamita en su honor.<sup>3</sup>

En distintos artículos periodísticos, el autor hace referencia a la historia de México según la cuentan los libros de texto. La considera, insisto, maniquea, aderezada, falsa y, entre otras cosas, aburrida. No explica para qué esa infidelidad de los his-

## 11 Cinzontle

<sup>3</sup> Ibarguengoitia, “Una réplica a Antonio Alatorre”, en *Autopsias rápidas*, pp. 87-88.



12  
Cinzontle

toriadores, de las autoridades educativas. O sí, parece entenderlo muy bien: cree que, partiendo de la vieja sentencia de que la historia la escriben los vencedores, los mexicanos encargados de escribir la suya tratan, antes que de testimoniar los hechos reales, de disfrazar situaciones vergonzosas para dar gato por liebre haciéndonos creer que todo fue una epopeya de matices gloriosos, cuando, como sabemos, que el mismo Jorge se encarga de mostrar, episodios como el de la Independencia o el de la Revolución, fueron teñidos por acciones bárbaras, por delirios de poder de distintas facciones beligerantes y que el resultado de eso es una monumental falsificación de nuestra historia. Por eso escribe *Los relámpagos de agosto*, por eso también *Los pasos de López*. Y por la misma razón uno de los puntos sustanciales de la obra del guanajuatense se presenta en las constantes disquisiciones en torno a la fidelidad y su opuesto, la traición, que hace en cada libro: infidelidad entre amantes, entre hermanos, entre amigos, entre grupos, entre naciones, etcétera.

Pero volviendo a la historia nacional, es preciso consignar algunas opiniones del autor al respecto, para fincar con claridad el sentido desmitificador de sus novelas:

La historia que nos han enseñado es francamente aburridísima. Está poblada de figuras monolíticas, que pasan una eternidad diciendo la misma frase: “la paz es el respeto al derecho ajeno”, “vamos a matar gachupines”, “¿crees tú acaso, que estoy en un lecho de rosas?”, etcétera.

Los héroes, en el momento de ser aprobados oficialmente como tales, se convierten en hombres modelo, adoptan una trayectoria que los lleva derecho al paredón, y adquieren un rasgo físico que hace inconfun-

dible su figura: una calva, una levita, un paliacate, bigotes y sombrero ancho, un brazo de menos. Ya está el héroe, listo para subirse en el pedestal.

Todo esto es muy respetuoso, ¿pero quién se acuerda de los héroes? Los que tienen que presentar exámenes. ¿Quién quiere imitarlos? Yo creo que nadie. Ni los futuros gobernadores.

Cuando ve uno pasar un camión que dice “El Pípila vivió ochenta años”, piensa uno para sus adentros: “cuestión que no me importa”, y tiene uno toda la razón.

Pero si la historia de México que se enseña es aburrida, no es por culpa de los acontecimientos, que son variados y muy interesantes, sino porque a los que la confeccionaron no les interesaba presentar el pasado, como justificar el presente.<sup>4</sup>

Si Jorge Ibargüengoitia tenía ya metido el gusanito de escribir *su versión* de la Revolución mexicana, éste se disparó, según confesaría después, cuando encontró en librerías de viejo volúmenes en los que muchos participantes querían explicar su acción en la lucha, justificar sus intenciones y, principalmente, hacer creer que eran incomprendidos y peor juzgados.

Entre ellos encontré las memorias de un general revolucionario que era jefe de la policía en tiempos de la banda del automóvil gris, amante de una actriz famosa —la parte erótica es la más aburrida, y estaba convencido de que sus modales refinados y una apariencia distinguida habían sido la causa de la mayoría de sus desgracias. Allí estaba también el libro del general Juan Gualberto Amaya, para mi gusto el príncipe de los memorialistas de aquella época, que narra cómo, en un pleito —por cuestión

***Nuestros héroes predilectos son los que perdieron las guerras y murieron por órdenes del vencedor taimado.***

religiosa— que tuvo en una tienda de abarrotes, español le volcó encima una jarra con chiles en vinagre, y como en otra ocasión, cuando iba a librarse una batalla decisiva, movilizó tres regimientos por ferrocarril, en dirección equivocada, obedeciendo una llamada telefónica que resultó haber sido hecha por el enemigo.<sup>5</sup>

El resultado de esas lecturas fue el retrato paródico de tantos generales como hubo, y que se representan con enorme fidelidad en José Guadalupe Arroyo, “hombre de finos modales y de una honestidad a toda prueba”, como se autodefine en las páginas iniciales de *Los relámpagos...*

Luego, si nuestros héroes son acartonados, falsos, arropados con vestiduras que no les corresponden, es necesario, urgente, reescribir la historia. Y, aunque Ibargüengoitia no es historiador, se propone dar una versión distinta de episodios históricos, tiene a la mano un arma poderosa: la novela y sus aliados de siempre, tan efectivos como sacudidores: el sarcasmo, la ironía, la parodia. Para finalizar, diré que concuerdo con Jorge Ibargüengoitia en que la inmensa mayoría de los involucrados en la Revolución mexicana anduvieron como los relámpagos de agosto: a lo pendejo.

<sup>4</sup> “Nuevas lecciones de historia (Revitalización de los héroes)”, en *Instituciones para vivir en México*, Joaquín Mortiz, México, 1990, p. 34.

<sup>5</sup> “Memorias de novelas”, en *Autopsias rápidas*, p. 72.